

Duodécimo Domingo del Tiempo Ordinario A2023

Cuando el Santo Papa Juan Pablo II fue elegido en 1978, sus primeras palabras a la multitud reunida en la Plaza de San Pedro fueron “No teman”. El Papa tiene todas las razones para hacerlo porque fue el primer Pontífice elegido fuera de Italia en más de setecientos años de historia de la Iglesia.

Estas palabras estaban destinadas a asegurar a los católicos de todo el mundo que la Iglesia mantendrá la línea recta y no se desviará de la verdad de nuestro Señor Jesús. También estaban destinadas a asegurar al pueblo de Dios que no debe tener miedo de ninguna tormenta que pueda azotarlo, porque tiene su esperanza en Jesucristo, quien vino a salvar al mundo de las tinieblas. Para San Juan Pablo II, nada debe quitarnos la esperanza en el Señor. Cuando sabemos que Dios tiene el control de todo y que es amor, nuestros miedos desaparecen.

Jesús usa palabras similares a lo largo de este Evangelio. Dos veces, nuestro Señor dice “No teman a los hombres” y una vez “No tengan miedo”. La perspectiva del miedo surge cuando hay un peligro o algo que puede amenazar la integridad física o causar la muerte. Tal peligro siempre fue permanente ante los apóstoles debido al ambiente hostil en el que estaban trabajando y que eventualmente condujo a la muerte de nuestro Señor en la cruz.

Por cierto, nuestro Señor sabía bien que su destino no sería diferente al de los profetas que le precedieron. Fueron perseguidos y finalmente asesinados. Los apóstoles, siendo sus asociados más cercanos, no habrían escapado al mismo destino. Ellos también serían perseguidos, maltratados y asesinados, como él.

En esas circunstancias, la amenaza de muerte era real. Pero, donde hay miedo, también existe la posibilidad de parálisis que podría impactar la obra del anuncio del Evangelio. Es en este contexto que Jesús invita a los apóstoles a no tener miedo.

Para nuestro Señor, los apóstoles deben ser lo suficientemente valientes y llevar a cabo su misión con calma y sin miedo. La posibilidad de perder la vida no debe convertirse en un obstáculo para el anuncio del Evangelio. Entonces, puede reclamar, “Lo que les digo de noche, repítanlo en pleno día, pregónenlo desde las azoteas”.

¿Por qué, entonces, seguir proclamando la palabra de Dios a pesar del peligro de perder la vida? Para nuestro Señor los que tienen el poder de matar el cuerpo no tienen control sobre el alma. El que verdaderamente vale la pena ser temido es Dios. Solo él puede destruir tanto el cuerpo como el alma en lugar de castigo. Él tiene un poder eterno para matar el cuerpo o darle vida de nuevo.

La pregunta que me hago es saber si verdaderamente tememos a Dios. La experiencia humana ha demostrado que muchas veces tememos más lo que la gente pueda decir o pensar de nosotros que lo que Dios piense de nosotros. ¿No tememos a veces que las personas que nos rodean se sientan defraudadas si no respondemos con satisfacción a sus expectativas? Pero, ¿cuántas veces nos preocupamos por lo que Dios espera de nosotros? ¿Tenemos incluso miedo de estar separados de Dios para siempre a causa de los pecados?

La verdadera razón que da nuestro Señor para no temer reside principalmente en la providencia de Dios para con nosotros. Para nuestro Señor, toda nuestra vida está en las manos de Dios. El discípulo está protegido por Dios que lo cuida. Si Dios cuida de los pájaros

como los gorriones, seguramente puede cuidar de sus amados. Nuestro Señor nos enseña aquí una plena confianza en su Padre.

No hay nada, incluso en el peor de los casos, que nos pueda pasar sin el conocimiento de Dios. En todo lo que nos sucede, Dios está con nosotros, rodeándonos de su amor y misericordia. Nuestra vida está en sus manos.

La creencia en la providencia no significa que nuestros enemigos no puedan hacernos daño. Solo significa que incluso en tal situación, Dios no nos olvida. Por eso, en la persecución, necesitamos coraje, perseverancia y fidelidad. Solo así nuestro Señor nos reconocerá ante su Padre celestial y nos recompensará.

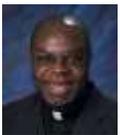
Si entienden bien, todo el problema aquí es acerca de la providencia de Dios sobre nosotros. Una providencia divina bien entendida es la que reconoce que Dios sabe todo acerca de nosotros. Nos cuida más de lo que lo hace con las plantas y los pájaros. Valemos más que toda una bandada de gorriones.

Creer en la providencia, sin embargo, no significa que debemos ser complacientes siendo descuidados en las cosas que hacemos con el pretexto de estar protegidos por Dios. Conducir borracho con el pretexto de estar protegido por Dios es presuntuoso y pecaminoso. Mantener conductas de riesgo y malos comportamientos con la esperanza de que Dios estará de nuestro lado es supersticioso y no cristiano. Creer en la providencia de Dios en nuestra vida es aceptar ante todo nuestras responsabilidades con respecto a lo que hacemos.

El Evangelio de este domingo termina con una advertencia: “A quien me reconozca delante los hombres, yo también lo reconoceré ante mi Padre, que está en los cielos; pero al que me niegue delante de los hombres, yo también lo negaré ante de mi Padre, que está en los cielos”. Aquí reside la doble lealtad de la vida cristiana. Quien sea leal a nuestro Señor en esta vida, nuestro Señor le será leal en la vida a venir. Quien se enorgullezca de reconocer a nuestro Señor como su amo, nuestro Señor se enorgullecerá de reconocerlo como su siervo. Quien se avergüence de nuestro Señor en esta vida, nuestro Señor se avergonzará de él en la vida a venir.

La Iglesia de hoy se construye sobre el testimonio y la lealtad de aquellos que se mantuvieron firmes en su fe incluso en presencia de amenazas evidentes de muerte. Su ejemplo nos inspira a confiar indefinidamente en Dios en cualquier circunstancia de la vida ya mostrarle nuestra lealtad. Confiemos en nuestro Señor Jesús, sabiendo bien que su Padre tiene el control de todo y nuestra propia vida está en sus manos. ¡Dios lo bendiga!

Jeremías 20: 10-13; Romanos 5: 12-15; Mateo 10: 26-33



Fecha de la Homilía: el 25 de Juno, 2023

© 2023 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20230625homilia.pdf